

La estrofa concluye con dos versos muy importantes para entender la poética creacionista de Gerardo Diego. El penúltimo está libre de rima, como sucedió en la primera estrofa, aunque hay una rima interna repetida que lo arropa, y el último continúa la rima aguda de los tres primeros: «Y mi poesía es mía mía / es tuya es suya es de los tres».

Advirtamos que en el verso anterior se dirigía a un interlocutor anónimo, cada uno de sus lectores: «La muerte crea y no lo ves», le decía. Ahora continúa el diálogo con ese lector, y le explica para quién escribe. Es costumbre de poetas señalar a quién o a quiénes dirigen sus versos, como si fuera posible elegir a los lectores, y no al revés. El pintor que organiza una exposición no coloca a la entrada de la galería un cartel advirtiendo a quiénes están dedicados los cuadros. El poeta escoge teóricamente a sus lectores. Gerardo piensa que su poesía es suya, del lector y de la muerte o vida eterna.

Para quién se escribe

Son unos versos muy importantes, que nos obligan a detenernos en ellos. Hasta la irrupción de los ismos se mantuvo una conexión discreta entre los poetas y los lectores. No es que hubiese una verdadera identificación de criterios, pero sí estaban armonizados los gustos de los artistas y su público. Las disonancias comenzaron con las primeras exposiciones de los impresionistas, que causaron la hilaridad y el rechazo de los espectadores, y con la aparición del naturalismo en la novela, considerado un delito por sus descripciones de la realidad humana.

La situación se complicó mucho más con los sucesivos ismos estéticos. En España, a finales del siglo XIX, se hubiese querido llevar a la hoguera inquisitorial a los naturalistas primero y a los modernistas después. Los criterios estéticos se mezclaban con los religiosos, como es costumbre en este país, y el resultado fue aberrante. Así se produjo el distanciamiento entre los escritores y los lectores. Bien es verdad que en España la poesía ha sido y es, y por ahora seguirá siendo, escasamente atractiva para el público, por más que se intente acercarse a él.

A consecuencia de esta situación, los escritores desdeñaron a los lectores, y en los años veinte incluso llegaron a provocarlos mediante espectáculos montados para insultar a los espectadores. Fue una devoción del desdén, incrementado con el desprecio que suponía hacer sentir al público la superioridad intelectual del escritor. Lo mismo se quiso hacer desde los libros, que ya no pretendían agradar a nadie, sino todo lo contrario.

De esta manera, en los años veinte se consolidó un arte de minorías que ignoraba por completo al antiguo destinatario teórico de sus realizaciones. Ante todo, se perseguía el rechazo popular. Por este motivo se lamentó Federico García Lorca del éxito alcanzado con su *Primer romancero gitano*, editado en 1928, que debido a ello fue primero y único, sin continuación posible.

El creacionismo no resultó una excepción en el desprecio popular. Precisamente su nombre viene de las burlas con que los espectadores acogieron una conferencia de Vicente Huidobro en el Ateneo Hispano de Buenos Aires, recordada hace un momento: como insistió en señalar que la misión del poeta es crear, le llamaron creacionista como una mofa de sus intenciones. Pero él aceptó la denominación con orgullo, igual que hicieron los impresionistas y los cubistas y tantos otros. El público ignorante no puede ofender.

Todo este largo recordatorio histórico pretende subrayar la importancia de los tres versos que estábamos comentando:

La muerte crea y no lo ves
Y mi poesía es mía mía
es tuya es suya es de los tres

Se lo asegura al lector, le explica que su poesía es del autor en primer lugar, y lo resalta con la repetición del posesivo, pero también es del lector, como al final será de la muerte. Por consiguiente, Gerardo Diego se comunica mediante el poema de una forma directa con su hipotético lector, y le anima a compartir la propiedad de sus versos, antes de su destrucción por la muerte.

Esto es lo insólito del poema. El autor solicita la participación activa del lector, concediéndole su mismo dominio. Y lo hace desde un poema creacionista, mediante un diálogo avanzado por el poeta. Se diría que Gerardo Diego dio aquí el primer paso hacia la reconciliación entre los artistas y el público, invitando al anónimo lector, incluso al hipócrita lector llamado por Baudelaire a disponer del poema. Al desdén típico de los ismos opuso aquí Gerardo Diego un afán de entendimiento. La humildad de su gesto se corresponde con la advertencia inmediata de considerar a la muerte dueña total de las cosas en su vacuidad infinita y segura.

Aparte de esta concesión que rompía el distanciamiento habitual entre el poeta y el lector, hemos de tener en cuenta que abre la posibilidad de diversas interpretaciones del poema, tantas como lectores. Se trata de una cuestión debatida siempre que se comenta la escritura debida a los ismos. Sin embargo, ya los comentaristas de Góngora discrepaban al analizar sus versos, aportando explicaciones contrapuestas. Más discutida es la postura de los ismos.

De acuerdo con la afirmación hecha en esos versos, concediendo al lector la coparticipación en la propiedad del poema, no cabe duda de que dependerá del lector su interpretación, y que será tan exacta como la del autor. Si todos los ismos en general dieron primacía a la capacidad inventiva del autor para expresarse, con más motivo se le exige al creacionista: su obligación es crear mundos propios. Cada creacionista posee, por tanto, su mundo personal.

El lenguaje de los ismos depende de la experiencia del autor. Carece de unas referencias a situaciones conocidas o traducibles de la realidad inmediata, como sucede en los versos de Góngora. Los ismos tenían como fundamento distorsionar la realidad, precisamente, por lo que reverenciaban lo insólito, que era inventado para la ocasión y no se aplicaba más que en ella.

Por consiguiente, el lector carece de referencias inmediatas que le hagan comprensible el texto. Necesita leerlo desde su peculiar situación, amparado por su cultura y disponibilidad de aproximación al mundo del autor. Siempre en el supuesto del afán por conocer la obra, pues en otro caso no tendría sentido.

Gerardo Diego asume en el poema esa obligación del lector, y le ofrece su colaboración, dándole entrada en los versos. Lo que entienda el lector será tan válido como lo que dijo el autor. Por el mismo motivo, habrá tal vez tantas interpretaciones como lectores, y todas serán aceptables. Debía ser Gerardo Diego, puente entre la vanguardia y la tradición, quien hiciese la oferta al lector para romper el distanciamiento.

Última palabra creacionista

Llegamos así al final del poema, una estrofa también de cinco versos. Los tres primeros repiten la rima inicial, con la palabra como eje, y los dos últimos son un pareado, como suele ocurrir en las estrofas clásicas. Al final se vuelve al comienzo, como en una creación continuada donde muerte y vida se suceden ininterrumpidamente. Es la representación de la eternidad.

Se renueva el tercer verso del poema con el añadido de una conjunción, para resumir cuanto queda dicho, insistiendo en lo anunciado ya en el título: «Y ésta es mi última palabra». ¿Cuál es, pues, la última palabra de Gerardo Diego? El verso siguiente aclara cuáles no son, palabras mágicas que abren la puerta a los misterios: «cábala no ni abracadabra», confirma a su lector en el diálogo poético que es siempre un monólogo. ¿Cuál es, por consiguiente? Ha de ser una palabra sencilla, cotidiana, empleada por

todos, dado que su poesía es también la del lector. Sigamos leyendo para encontrarla.

La segunda estrofa, la más corta del poema, con sus tres versos, queda resumida en el tercer verso de la estrofa final. Repárese en la importancia del número 3 en un poema que tiene al 9 en su misma base simbólica. Si antes dijo que «La creación abre su abra», ahora añade que la palabra creadora tiene una misión: «la de estos labios barra abra».

En ese abra que barre la palabra poética sitúa el romper de las olas del mar y también la desembocadura de sus poemas. Hemos llegado al mar, «que es el morir», según aclaró Jorge Manrique en sus *Coplas*. Gerardo Diego considera la limpieza del abra como el punto donde van a desembocar sus poemas, a la manera de los ríos. La imagen cuenta con una esplendorosa tradición, y es fácilmente comprensible. La última palabra se dice en el momento de la muerte, se escribe cuando los poemas se pierden en el mar.

¿Cuál es, en resumen, la última palabra de Gerardo Diego? Ahora ya lo sabemos: es la palabra «palabra». Gracias a la palabra son posibles la revelación y la demolición, el origen y el fin. La creación de la vida se debe a la palabra, y la muerte es una creación de otra vida distinta. La palabra es el todo que termina con la nada. Mediante la palabra es posible la materialización de la poesía, y a través de ella se comunica a todos los seres, incluso los que todavía no existen, el mundo creado por el poeta. El creacionismo sería impensable sin la palabra.

En un poema de *Imagen* titulado «Ángelus» definió lo que es la vida utilizando un verso alargado por medio de amplios y espaciados blancos entre cada palabra: «La vida es un único verso interminable», aunque debe suponerse que el verso se termina cuando acaba la vida. El verso se compone de palabras, de modo que mientras hay palabras hay vida. Y en efecto, en sus últimos años Gerardo se estaba quedando mudo, hasta desembocar en esta mudez total de su muerte.

Sin embargo, las palabras de los poetas no desaparecen de la tierra, porque están recogidas en sus libros, y ahora también por otros medios de grabación. Por eso, la palabra permite la eternidad del poeta entre los hombres que siguen leyendo sus versos. Fue este descubrimiento capital el que modificó la poesía de Juan Ramón Jiménez, precisamente desde su libro *Eternidades* (1918). Gerardo Diego pudo heredar ese convencimiento, y describirlo en este poema final de *Biografía incompleta*.

Poesía, vida y muerte son una trinidad que se reduce a una palabra, la palabra por excelencia, la última palabra. El poeta justifica su vida mediante la poesía, con la que se mantiene perdurable después de la muerte. Por ello, merece la pena investigar cómo es la palabra del poeta,

la que representa su poética. En el caso de Gerardo Diego, como hemos visto, se da una coherencia absoluta de su fe creacionista con su fe religiosa, porque para él, como para Juan Larrea, la poesía era una religión.

Definición de la poesía

Al terminar el comentario sobre el poema «Última palabra» parece necesario advertir que en el creacionismo son injustificables las interpretaciones académicas. Se ha dicho antes que cada lector puede y debe juzgar los poemas a su manera, la que más le guste o le convenga. Los ismos predicaron el libre examen y rechazaron las versiones canónicas, en su decisión de reformar los idearios estéticos vigentes en Europa desde Aristóteles.

Estas apreciaciones de un lector que se declara partidario incondicional del poeta y de sus teorías, no han pretendido más que descubrir el método de composición creacionista o creadora de un poema de Gerardo Diego. El sistema es semejante en todos. La norma directriz es flexible en el creacionismo, desde una base sustentadora incuestionable: hay que crear cada verso del poema.

Por otra parte, la poesía no admite explicaciones. Ni siquiera se ha conseguido nunca definir con exactitud qué es la poesía. Sin embargo, en el lenguaje corriente suele calificarse un paisaje o un baile o un sonido como poético. Si se pidiera a quien se expresa así que razonara sus motivaciones para establecer esa valoración, es muy probable que no acertase a responder.

La única definición aceptable de poesía podría ser ésta: «Poesía es lo que escriben los poetas con voluntad de escribir poesía». Es vaga e inconcreta, porque obliga a buscar la definición de poeta, que ha de ser ésta: «Persona que escribe poesía con voluntad de hacerlo». En consecuencia, poco hemos logrado saber de cierto acerca de una cuestión que Bécquer resolvió fácilmente al contestar la pregunta de una mujer de ojos azules: «Poesía... eres tú». Pero a nosotros no nos sirve, aunque nos guste la rima, porque es verdadera poesía. Y lo es porque está escrita por un poeta con voluntad de escribir poesía.

La poesía que escriben los poetas se materializa en los poemas. Gracias a ellos disponemos de unos objetos estéticos firmes, a diferencia de toda la inconmensurable belleza de las cosas y de los sentidos, que es intangible. Sin embargo, muchas personas aseguran conocer mejor la poesía de un paisaje que la de un poema, alegando que no comprenden lo que quiso decir el poeta.

Pero el poeta no quiso decir más que palabras. Y las colocó en el poema para que el lector las reconociese como suyas, para que se identificase con

ellas y con el poeta. No hay nada que explicar a nadie, porque cuando un poema se interpreta pierde su carácter poético. Los comentaristas de Góngora destrozaron sus poemas con la mejor intención, al traducirlos al lenguaje vulgar para que los entendiese todo el mundo.

Era innecesario, porque ni todo el mundo lee poesía ni la poesía se conserva en la expresión vulgar. Como aseguró Mallarmé, la función del poeta consiste en dar un sentido más puro a las palabras de la tribu. La pureza no es otra cosa que exactitud, saber expresar la palabra decisiva en el momento oportuno. El lector que no esté capacitado para entenderla en el poema, nunca logrará alcanzar su sentido poético, por mucho que se le razone sobre ella.

No hay nada que explicar, sino que sentir o consentir con el poeta, aprovechando esa invitación que hacía Gerardo Diego al lector en uno de sus poemas menos fáciles, pero más sentidos, porque constituía su testamento poético.

Nos legó su última palabra cuando todavía se hallaba en pleno uso y disfrute del lenguaje. Nos dijo cómo hay que laborar con las palabras para componer el poema. Y nos confió su fe en la poesía, para que la compartiéramos con él en la lectura, como hemos hecho ahora.

Arturo del Villar